

Entre la precariedad y la heterogeneidad

“ « – ’ © š f y š © * – † « Ÿ Ÿ e j a ” š o e a – ° @ ± o e f a Ÿ j ” š ’
j o e a « © Ÿ š ± ° « f j – ° * Ÿ Ÿ š j a ” © f j a ° Ÿ š

° í «
2017

Autor
Moreira Slepoy, Javier

l ° j Ÿ « o e © j a ° « j ° , Ÿ Ÿ – « a Ÿ j † š © † ± o e a † ° š j Ÿ j – o š © š j a j † – « © š ” « a ” Ÿ j
Ÿ j ” š ” Ÿ ” * Ÿ Ÿ j o e j a ° © ” * Ÿ p © © o e « & Ÿ š © Ÿ † ” j © « \$ « Ÿ j ° , j a j ” & j – † Ÿ « © k
Institucional de la • ‹ † ” • ‹ † f † f ... ‹ ‘ • f Ž † † ‹ Ž Ž f f ” À f ä

CITA SUGERIDA

Moreira Slepoy, J. (2017) Entre la precariedad y la heterogeneidad. Villa María: Universidad Nacional de Villa María

Entre la precariedad y la heterogeneidad: Los imaginarios político en la construcción de la economía autogestionada en Argentina.³

Autor: Mag. Moreira Slepoy, Javier (javiermoreira@yahoo.com). UNVM – IIFAP/UNC

1- La Democracia Radical como re-politización de la economía. La Relevancia de las identidades políticas

En una entrevista que se le realizaba a Jose Sancha, presidente de la Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo, expresaba que: *“Las cooperativas de trabajo aún somos débiles porque hay debilidad en el sector popular. Para cambiar esta situación es necesaria una organización que va mucho más allá de la suma de cooperativas individualmente exitosas, tenemos que comprender que estamos en la construcción de un actor social que dé disputa, junto con toda la economía social, en la economía real en contra de la concentración”*.

En la misma dirección, el economista José Luis Coraggio, quizás el teórico más importante de la economía social / solidaria / popular, entendida como movimiento contra-hegemónico no puede *“limitarse a reorganizar sus recursos y capacidades o las que el Estado puede redistribuir, debe disputar al Estado y al mercado el control de la naturaleza, la fuerza de trabajo y los recursos productivos”*, y que, por otro lado *“no puede sostenerse sobre la base de sus propios resultados en el mercado, debe avanzar en la democratización de lo público y aumentar sus recursos para una lucha contra-hegemonica inevitable”*.

Sobre esta apreciación quisiéramos hacer algunos comentarios: la discusión que nos gustaría tiene que ver con la interrogación sobre la potencialidad contra hegemónica del multiforme campo de la autogestión económica y su capacidad de disputar espacios y significados al Estado y al Mercado. Como menciona Singer, la ESS debe ser entendida

³Esta ponencia se inscribe en las reflexiones en torno al proyecto de Investigación dirigido por el autor *“Ensayos y errores anticapitalistas. Prácticas, ideas e instituciones de la Economía Social en Argentina”*. El proyecto se financia en el marco de los subsidios del Instituto de Investigación de la Universidad Nacional de Villa María. Periodo 2016 – 2017.

como un espacio atravesado por el conflicto por liderazgos, luchas burocráticas, tensiones entre las diversas organizaciones y por discrepancias en torno a los sentidos atribuidos a la ESS en el cual el carácter agonista y contra hegemónico es uno de ellos, pero no el único, ni el más importante.

Considerando el carácter abierto y contradictorio del campo de la ESS, es que consideramos que las contribuciones de la Teoría Política del Discurso desarrollado por autores como Ernesto Laclau, Chantall Mouffe, David Howarth, entre otros, constituye un valioso aporte al debate y que, por otro lado, presenta una perspectiva que consideramos complementaria con la perspectiva de Santos respecto a la “democratización del mundo del trabajo” y la “ampliación del canon de la producción”.

Consideramos que el abordaje analítico de las ESS debe recalar en posturas ontológicas anti-escencialistas que visibilicen la diversidad del sector y la importancia de los símbolos, instituciones, identidades y prácticas políticas de articulación y confrontación (Laclau, 2009) que van más allá, pero también suponen, las problemáticas económicas. En otras palabras, supone partir de abordajes que permitan la re-politización de la economía como un campo discursivo y no como un espacio autónomo regido por leyes naturales tal como es presentado por el neoliberalismo y también por ciertas lecturas de la tradición crítica.

Desde esta perspectiva, concebimos la ESS como un conjunto de prácticas sociales, subjetividades e imaginarios. Abiertos y contingentes, pasibles de ser articuladas por proyectos políticos antagónicos. En este sentido es que la ESS, en tanto espacio contingente, puede ser comprendida como un significante tensionado, presente en distintos discursos. Por ejemplo, en la Argentina de los 90, los procesos de privatización de las empresas estatales promovieron la creación de cooperativas entre los trabajadores despedidos para prestar servicios a la nueva empresa privatizada bajo un discurso de fuerte impronta empresarialista.

Para Puello Socarras (2010) el neoliberalismo estaría experimentando una transformación epistemológica, donde el paradigma del individualismo racional (*homo economicus*), estaría siendo reemplazado por una concepción más compleja y multidimensional que tiene como eje al “empresario – emprendedor” (*homo redemptoris*). En este sentido la ESS estaría

hegemonizada por una “concepción ideal” de los sujetos en tanto “emprendedores-empresarios” diluyendo la conflictividad de la relación capital – trabajo.

Para otras aproximaciones, luego de la crisis del 2001, con la llegada del nuevo gobierno de perfil “Nacional y Popular” la promoción de cooperativas está estrechamente vinculado al discurso de la “inclusión”, las “políticas sociales” y la disolución del conflicto social bajo la impronta de un “Estado activo” y un capitalismo responsable, en una suerte de recreación aggiornada del modelo de sustitución de importaciones.

A diferencia de la discurso empresarialista, la narrativa “Nacional y Popular” de la ESS hace pie en la recuperación de la cultura de trabajo y la dignidad del trabajador (Giaretto; 2011) sin cuestionar, al menos en su expresión peronista, los patrones del trabajo salariado, el canon productivo y al sistema capitalista (James, 2010)

La ESS no puede -si aspira a ser un verdadero vector de transformación- simplemente constituirse como un elemento diferencial más del arreglo neoliberal, o en otros términos, no puede solo aspirar a institucionalizarse y ser reconocido por el Estado, esperando acoplarse lo más efectivamente posible a la dinámica de mercado bajo patrones mercantiles, tal como buena parte del histórico movimiento cooperativista argentino ha pretendido.

Como menciona Wright (2011), respecto de las cooperativas de Mondragón, tales experiencias no solo deben ser económicamente exitosas para constituirse en espacios de expansión de una democracia radical, sino que deben estar imbricadas en prácticas políticas de mayor alcance que disloquen integralmente las identidades, practicas e imaginarios de la democracia liberal.

En una primera instancia, entendemos que la ESS en el marco de las transformaciones en el mundo del trabajo, se articular a al menos tres discursos: i) Un *discurso alternativo*, que con sus variantes expresa una lucha por una institución alternativa y transformadora de la sociedad capitalista en el marco de relaciones antagónicas; ii) Un *discurso democratizador* que promueve, ante la dislocación del arreglo salarial, el reconocimiento de la pluralidad en el campo de la economía, la producción y el mundo del trabajo; iii) Un *discurso residual* como la reintroducción de discursos liberales - individualistas a través de lógicas de auto -

responsabilización en el campo de políticas sociales dirigidas para aquellos que no tienen o no han desarrollado las competencias laborales requeridas por el mercado de trabajo salariado formal o informal.

Para el enfoque del discurso político la conflictividad social no proviene de agentes sociales con identidades pre-constituidas sino que las mismas con frutos de procesos eminentemente políticos y abiertos que pueden devenir integrantes de distintas cadenas equivalenciales. Es producto de los procesos de hegemonización entre los distintos proyectos políticos antagónicos y de la imposibilidad de un cierre definitivo de las fronteras entre unos y otros que el campo de la ESS puede adquirir diversos, y a veces opuestos, significados. En este sentido también – y esto es lo más relevante- el campo de ESS puede caracterizarse como un espacio contingente en el que pueden estar presentes los tres discursos y que los constituyen como un espacio atravesado por el conflicto.

Por otro lado, tales características nos reenvían a ciertos procesos dislocatorios que promovieron tales prácticas. Por ejemplo, el auge de la ESS en la Argentina está estrechamente vinculada a las dislocaciones producidas por las reformas de mercado en los 90 y su impacto entre los trabajadores. La negación de la identidad de trabajador a vastos sectores populares dio como resultado fenómenos dispares y contradictorios tales como la expansión de relaciones de clientelismo subordinadas a las lógicas imperantes (Levitsky, 1999), pero también el surgimiento de experiencias disruptivas tales como el movimiento piquetero, las fabricas recuperadas y el nuevo cooperativismo de trabajo, la Central de Trabajadores Argentinos (CTA)

Se pueden distinguir dos dimensiones del concepto “dislocación”. Por un lado, puede significar la irrupción de un elemento extra discursivo que cuestiona al sistema y demuestra sus límites; por otro, la dislocación puede ser pensada en función de su operatoria a nivel de las estructuras tanto a través de la amenaza que supone como también, a partir de los impulsos reconstitutivos que genera (Groppo (2009). Por otro lado, considerando los contenidos que conlleva, la dislocación puede ser procesada e integrada por el sistema generando una nueva positividad, o por el contrario, el influjo dislocatorio puede ser

irreductible a la gramática del sistema constituyéndose, en este caso, en fuente de antagonismo.

Barros (2002) menciona que las dislocaciones son ambivalentes tanto en sus consecuencias como en sus respuestas, en el sentido de que a la vez que corroen, dramáticamente incluso, las identidades sociales, sientan las condiciones de posibilidad para la re-construcciones identitarias, más democráticas y emancipatorias o bien, dada su apertura constitutiva, pueden ser las bases para la emergencia de discursos autoritarios y reaccionarios. No obstante es un proceso de libertad, de “salirse del molde”, dada la ausencia de referentes para la acción.

Es a partir de estos procesos dislocatorios y la emergencia de distintas manifestaciones del campo de la ESS (Fabricas Recuperadas, Cooperativas de Trabajo, Piqueteros, beneficiarios de planes sociales) es que resulta de enorme interés indagar en las lógicas de la “Diferencia” y la “Equivalencia” descritas por Laclau y Mouffe, para pensar la conformación de un actor colectivo o un movimiento capaz de imponer un proyecto de democratización de la economía, el trabajo y a producción.⁴

2. La economía popular en la anatomía del capitalismo actual: entre a precariedad como cuestión social y Heterogeneidad como problema político.

La crisis del capitalismo embrizado (Harvey, 2002) mediados de los setenta forjó el desmonte de los Estados de Bienestar europeos y las experiencias nacional populares en Latinoamérica. El mundo del trabajo fue la caja de resonancia más clara de un proyecto de construcción de un capitalismo global y financiero. En este marco se instalaron dos debates que marcaron la reflexión sociológica y política actual: el “fin del trabajo” (Gorz, 1997; Offe, 1994; Habermas, 1996, Rifkin, 1998), la crisis del movimiento obrero y el surgimiento de los “Nuevos Movimientos Sociales” (Offe, 1990; Touraine, 1993; Giddens, 1998 Melucci, 2001;

⁴ En este sentido, es que debemos resaltar que esta ponencia como el Proyecto de Investigación del cual es tributario tienen como referentes empíricos la Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo (CNCT) y la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Estas son las organizaciones más relevantes que pretenden representar al sector económico / sujeto político.

Tarrow, 2004).

Sobre las especulaciones sobre el fin del trabajo diversas críticas se han esgrimido señalando que lo que ocurrió son transformaciones en sus formas de organización, sentidos sociales, arreglos jurídicos y las subjetividades políticas asociadas (Antunez, 2003; De la Garza, 1999; Pérez, 2005). Ciertamente, el desbordamiento del imaginario hegemónico del trabajo es desbordado en sentidos divergentes. Por un lado la acumulación capitalista posfordista y cognitivo supone una revalorización de las capacidades intelectuales y reflexivas del trabajador sobre la capacidad física del capitalismo industrial.

En este sentido, tal como se propone desde post-operaismo italiano, asá como la clase obrera cedió paso a la multitud como sujeto político, en el seno del mundo del trabajo el proletariado estaría siendo progresivamente reemplazado por el “cognitariado” y el “general intellect (Negri & Hardt, 2002 Virno, 2011; Bifo, 2013) como agentes actuales y naturales de la emancipación y el comunismo.

Una interpretación alternativa –aunque no necesariamente contraria- sobre las transformaciones en el trabajo hace centro en la precarización como fenómeno central y distintivo del capitalismo contemporáneo que, como indica acertadamente Claus Dorre (2009), ya no solo es un problema de grupos sociales marginales o “superfluos” en términos marxistas.

De acuerdo a Dorre, la precariedad es un fenómeno estructural que contiene realidades diversas como la de los (i) beneficiarios de programas sociales y desocupados de larga data; (ii) los precarios propiamente dichos (sub- contratados, personas con trabajos inestables, inseguros, mal remunerados, no reconocidos socialmente y auto-empleados) y por ultimo; (iii) una extensión de la precariedad incluso en el conjunto de empleos formales bajo diversas formas de flexibilización y erosión de convenios colectivos de trabajo e individualización de las forma de contratación.

La precariedad es más amplia como referente empírico y teórico más compleja y general que la clásica distinción entre formalidad/informalidad propia de las explicaciones del trabajo y la economía en Latinoamérica. La precariedad no es continuum lógico de posiciones más o

menos precarias sino un conjunto de situaciones heterogéneas, pero que tiene en los trabajadores excluidos su núcleo duro en términos sociales y simbólicos. En este sentido, como mencionan autores como Claus Dorre y Robert Castel, la precariedad constituye el centro de la cuestión social del siglo 21.

Como corolario de la heterogeneidad y la precariedad que erosionaron la (relativa) seguridad, conmensurabilidad y homogeneidad de la sociedad salarial, los movimientos obreros perdieron la centralidad política de la que gozaron, quedando –sin perder de vista ciertas excepciones- subordinados a la dinámica de la acumulación del capital global.

Muchos análisis observaron que el lugar vacío del impulso transformador de los sindicatos fue progresivamente ocupado por los Nuevos Movimientos Sociales pero con lógicas y estrategias distintas a la de aquellos: escasa vocación institucional, fuerte énfasis en la autonomía y la deliberación horizontal, pluralidad de demandas y temas invisibilizados bajo las luchas obreras. Las luchas ambientales, anti-racistas, de género, por los derechos humanos, por los derechos de los inmigrantes se pusieron en pie de igualdad con las tradicionales luchas obreras ligadas al trabajo.

Bajo este nuevo contexto es que empiezan a configurarse una renovación de la luchas del trabajo, tensamente articuladas bajo las nuevas condiciones estructurales y políticas, con formatos e imaginarios influidos por los nuevos movimientos sociales aunque ciertamente sin desanclarse totalmente de la tradición obrera y sus luchas. No obstante tampoco parece correcto, por lo menos para Latinoamérica, entender estas luchas en términos “pos – materiales” y “pos-estatales” en un contexto de sociedades progresivamente reflexivas.

La emergencia de los movimientos de desocupados y de trabajadores precarios – que incluyen al *cognitariado* de Negri & Hard – supusieron para estos autores la expresión colectiva de la nueva gramática de las luchas del trabajo y la renovación de las luchas radicales abandonadas por los obreros. Análisis como los del economista inglés Guy Standing (2013) vislumbraban la emergencia del “*precariado*” como la nueva figura social poseedora de la radicalidad política necesaria como para ser capaz de abolirse a sí misma. Para Standing, el *precariado* es el sujeto revolucionario como el *cognitariado* en “Bifo” y Paolo

Virno o la *multitud* en los trabajos de Negri y Hardt. En ambos análisis a diferencia de los teóricos de los movimientos sociales, la única resistencia capaz de enfrentar la hegemonía neo liberal es la que proviene del mundo del trabajo.

Estos enfoques, si bien presentan diferencias teóricas notables, comparten (i) una fuerte defensa de las estrategias autonomista y (ii), la renovación del esencialismo marxista que da por sentado determinadas subjetividades y la asunción de determinadas tareas políticas a partir de su ubicación en las relaciones de producción. Si el precariado (o el cognitariado) (i) va a abolirse como clase para fundar un nuevo orden social como propone Standing, o (ii) va a pugnar por integrarse al orden como forma legítima de trabajo o (iii) permanecer en una relación subordinada y excedentaria del orden establecido – como buena parte de los estudios sobre el tema indican- dependerá de las articulaciones e identidades que logren forjarse en un contexto histórico determinado.

Queremos decir que si bien resulta cada vez más claro que los precarios conforman un sector económico cada vez más nutrido a instancias de la lógica del capitalismo global y financiero, prima facie, irreductible a las reglas formales del mercado y los empeños estatales de *trabajo genuino / trabajo decente*, tal situación no supone, por sí misma, la configuración de una subjetivación política radical. En términos de Laclau y Ranciere, esto exige renunciar a cualquier forma de inmanencia en la capacidad disruptiva de un grupo social por fuera de la lógica de la política.

Por otro lado, el concepto de precariedad es portador de diversas significaciones constituyéndose como un significante vacío que articula las diversas formas de trabajo que desbordan el imaginario salariado e industrial. En este sentido lo que a todas luces se advierte es la fuerte heterogeneidad que se inscribe en una multiplicidad de situaciones que van desde tareas de escasa o nula productividad social (beneficiarios de planes sociales, feriantes) a empleo de altísima reflexividad y productividad (periodistas, becarios, trabajadores del sector informático) lo que indudablemente implican diversas demandas.

Así las cosas encontramos dos tipos de precariedad. Por un lado una precariedad que se inserta bajo las reglas, símbolos e imaginario del capital productivo y global expresada bajo

la figura de la flexibilización y una precariedad que resulta heterogéneo, es decir por fuera – y a veces hasta en contra- de las reglas del movimiento global del capital. En términos de Georges Bataille (2000: 127) en un contexto de globalización bajo las reglas insistentemente homogeneizantes del capital, lo heterogéneo emerge como todo aquello que se sustrae del imperativo de la productividad y la acumulación.⁵

Bajo esta tendencia es que es posible entender las nuevas tensiones políticas en el mundo del trabajo. Así, tal como lo demuestran diversos estudios, mientras que los *precarios dentro de la economía formal* son cada vez más disciplinados, esquivos a la sindicalización e insertos en las cadenas equivalenciales del capital, *los precarios por fuera del capital* (los improductivos) se constituyen como movimientos de resistencia política.

En este sentido la tesis marxiana de la proletarianización creciente, que presupone básicamente la simplificación de la estructura y homogenización de los trabajadores a instancias del capital, ha tenido luces y sombras puesto que si bien ha habido una tendencia continua a la proletarianización, esta ha sido acompañada de un proceso heterogéneo más que homogéneo (Laclau, 2008, pag 35 y 36). Por un lado encontramos una profunda heterogeneidad hacia dentro del capital en virtud del proceso dislocatorio del estatus del salario (flexibilización, subcontratación, outsourcing, trabajadores autónomos) una

⁵Si bien en los análisis europeos, el fenómeno de la precariedad constituye verdaderamente una dislocación del arreglo salarial, en Argentina - en menos medida que en el resto de América latina pero aún así de forma muy notoria - este fenómeno es constitutivo de la formación del Estado y el Capital. En términos de René Zavaleta Mercado las sociedades latinoamericanas han sido sociedades abigarradas en cuanto que el modo de producción capitalista no ha logrado borrar las especificidades históricas y económicas locales ligadas a forma de trabajo y economía no-capitalistas y no-modernas. Para Zavaleta el capitalismo en América Latina ha sido resultado de la implantación externa más que una consecuencia de procesos socio-económicos endógenos, por lo que varios de sus supuestos, precondiciones y componentes, o bien no existen o lo hacen de manera frágil, a instancias de la tutela del Estado. El capitalismo autóctono ha sido estructuralmente débil y subordinado al mercado mundial y por esta razón no ha sido una base efectiva de constitución política de las naciones americanas y de un orden socioeconómico estable. Es ante esta debilidad de la iniciativa privada que el Estado ha sido la instancia encargada de impulsar el desarrollo económico lo que marca diferencias sensibles con el itinerario de las "sociedades centrales" donde el motor de la historia se encontraría en el conflicto de clase constituido por fuera de la estatalidad. En términos de Luis Tapia, Zavaleta Mercado "sugirió que una formación abigarrada es una sobre-posición desarticulada de varias sociedades, es decir, de varios tiempos históricos, de varias concepciones del mundo, de varios modos de producción de subjetividad, de sociabilidad y sobre todo de varias formas de estructuras de autoridad o de autogobierno". Bajo estas condiciones, es que cabe re-discutir las condiciones de la hegemonía y la construcción política del campo popular en tiempos, de acuerdo a la caracterización de algunos teóricos, post-hegemónicos

heterogeneidad del trabajo respecto del capital.

De acuerdo a Gago (2016), los cooperativistas, los trabajadores de la economía social / popular, los beneficiarios de planes sociales, feriantes, vendedores ambulantes forman parte de un nuevo y diverso proletariado forjado a instancias del capitalismo global y financiero. No obstante se podría señalar que el proceso descrito por Marx supone un proceso de *proletarización industrial* (es decir con cierta homogeneidad) subsumidos directamente a la lógica del capital, mientras que este nuevo trabajadores son expulsados por el capital.

Como menciona Laclau bajo el capitalismo industrial, los desocupados -proletarios en potencia- constituían un *ejército industrial de reserva* que aun por fuera de la relación de producción estaban “adentro” de la misma regulando el precio del trabajo sobre el límite del nivel de subsistencia. No obstante como menciona José Nun (1987; 1999), los desempleados y precarios del presente, conformarían una *masa marginal* que esconde una heterogeneidad de situaciones que no está del todo claro que puedan subsumirse funcionalmente a la lógica de la acumulación del capital global.

En este sentido, esta parte de la población superflua, que no necesariamente está desocupada pero que no es capaz de producir valor, se asemeja más a la figura del lumpenproletariado -descrito pero desacreditado por Marx como sujeto político –sin identificarse directamente con la pobreza. En este sentido si bien es posible proponer que la precariedad está en el centro de la cuestión social, no se puede inferir por ello, como lo hace Standing y ciertas lecturas pos –operaistas, que estos constituyan la clase revolucionaria bajo las nuevas reglas del capital.

Este nuevo lumpenproletariado –que nosotros identificamos con el fenómeno de la precariedad (la inestabilidad, la informalidad) y su núcleo duro del desempleo – constituye un exceso heterogéneo (Laclau, 2014) que se revelan irresoluble bajo las lógicas del capital e inabordable incluso para las estrategias de gubernamentalidad del Estado Neo-liberal dando paso a las estrategias de coerción y la violencia.⁶ Esta situación no se corresponde a una mera diversificación del estatuto del desempleo (flexibilización laboral) sino una heterogeneidad

⁶ Piénsese en la represión de los manteros, movimientos sociales, vendedoras ambulantes, etc.

radical que supone una inscripción problemática de estos sectores bajo las gramáticas del orden capitalista.

Los nuevos actores y movimientos en el mundo del trabajo a los que hemos subsumido bajo el concepto de “precariado” es multiforme, diverso, escasamente organizado, con dificultades para su inscripción institucional y de problemática representación en el orden establecido. El movimiento obrero por su parte - aun en su fragmentación - han permanecido en los límites del orden y sus luchas han estado dirigidas a mantener las prerrogativas y conservar los canales institucionales obtenidos a partir de los arreglos corporativos de la fase bienestarista (Offe,).

Se produce un desbordamiento del mundo del trabajo que concretamente significa que las (nuevas) luchas del trabajo con el el neoliberalismo recobran centralidad en la escena política, pero re-articuladas a nuevas problemáticas y demandas como las de género, la violencia institucional, los jóvenes, los inmigrantes, las luchas territoriales barriales, etc. En este sentido, la lógica individualizante que suponen los procesos de desempleo, flexibilización y precarización, encontraron resistencia social de la mano de nuevos colectivos que re vincularon y reconstruyeron identidades dislocadas por las reformas de los noventa.

Ahora bien esta re-vinculación colectiva en torno a los trabajadores, puede decirse que ha sido permeada por el problema la fragmentación y la heterogeneidad aparejada por la multiplicidad de situaciones y demandas del precariado. Por otro lado también la crisis de las grandes organizaciones centralizadas y jerárquicas y la extensión de las tendencias movimientista promovieron luchas particulares con diversas estrategias, modalidades de organización e imaginarios políticos que obstaculizaron la construcción de un sujeto político que aglutine la diversidad de luchas en el mundo del trabajo.

La *precariedad política de los precarios* supone dos cosas: por un lado no está claro que estos nuevas experiencias colectivas sean portadoras de una subjetividad anti-capitalista como propone Standing y por el otro que no existe, como suponen Negri y Hardt, algún tipo de inmanencia que haga converger esta multiplicidad de colectivos en un lucha *vertical* contra el imperio sin necesidad da alguna articulación *horizontal* (Laclau, 2008)

En definitiva, como se propuso en el apartado teórico, tanto la identidad política – emancipadora o subordinada - como las forma en que la heterogeneidad es (precariamente) resuelta en la constitución de un actor colectivo, obedecen al tipo de articulación política que resulte de un proceso esencialmente contingente. Tal contingencia supone que, si bien la comprensión de los modos de producción del capitalismo contemporáneo (pos-fordista, financiero, global, flexible) es de enorme utilidad para entender la dinámica económica, no es suficiente para comprender la constitución de identidades políticas y la acción colectiva. En este sentido, es que debemos comprender los distintos discursos en pugna que se configuran para dar sentido a las nuevas y heterogéneas prácticas y actores que han desbordado el mundo del trabajo y de la economía capitalista hegemónica.

Ciertamente los discursos que intenta dominar el desbordamiento del mundo del trabajo y las prácticas económicas no se remiten solamente a las formas particulares de trabajo y economía. Más bien se configuran como formaciones hegemónicas que articulan tales cuestiones a un imaginario político en el que se recrean nuevas formas de ciudadanía, nuevos horizontes organizativos, formas novedosas de relación con el Estado y el mercado, nuevas configuraciones institucionales, rupturas y continuidades en las prácticas políticas, .etc. La presentación de los diversos discursos que pretender asignar sentido a las nuevas prácticas será el objetivo del siguiente apartado.

3. Los discursos en torno a la autogestión

Ciertamente no hay consensos en la denominación de este campo de prácticas económicas por fuera del canon capitalista y distinto a la economía del sector público, es de decir la economía que se realiza desde la sociedad. “Economía Social”, Economía Solidaria”, “Economía Popular”, “Economía Comunitaria”, “Economía de los trabajadores” , “Economía del buen Vivir”, “ Economía Autogestiva”, “Economía Sustentable”, “Non Profit Sector” son tan solo algunos de las denominaciones que se usan para referirse a esa “otra economía” bajo la lógica de la sociedad, por fuera del estado y el mercado.

En ese sentido, debemos considerar que tales prácticas no son exclusivas de los países con escaso desarrollo de las relaciones capitalistas como América Latina, Asia o África, sino que también en los países desarrollados estas prácticas están presentes. Tampoco son un campo que se haya constituido a instancias de las reformas neoliberales y la desestructuración del mundo del trabajo salariado, sino que este tipo de práctica económica se remonta a la conformación misma del capitalismo.

Por esto en esta parte se realizara una presentación por lo que podemos llamar “los mundos de la economía social” (Andresen, 96). Esto es reflejar, los itinerarios históricos y los aspectos teóricos principales -y sus supuestos económicos, políticos y sociales- presentes en las principales conceptualizaciones existentes se han hecho en torno a la economía social. Nos interesa acá reflejar los principales imaginarios presentes en estas propuestas que existen por debajo de cada una de estas denominaciones.

Ciertamente, esta reconstrucción no puede ni pretende ser exhaustiva en tanto las experiencias y practicas económicas no capitalistas son, a pesar del imaginario capitalicéntrico occidental, son innumerables. Basta pensar en las formas de economía social existentes en África, en la India o en Asia. La lógica de la reconstrucción propone un recorte que supone que estos imaginarios tienen algún tipo de penetración teórica y política en la construcción del campo de la economía social en nuestro país.

3.1. La democratización de la economía. La perspectiva de la economía social y solidaria

Una primer perspectiva, quizás las más extendida, es la Economía Social y Solidaria(ESS) sedimentada en el itinerario europeo con una densa conceptualización teórica, un campo de experiencias y organizaciones y políticas públicas paradigmáticas y una referencia institucional clara en el “Centro Internacional de Investigación e Información sobre la Economía Publica, Social y Cooperativa” (CIRIEC). En términos de Coraggio (2002) se puede hablar de Economía Social en tanto es una práctica económica que *produce sociedad*.

Desde una perspectiva organizacional, la ESS está integrada por tres tipos de entidades

claramente definidas y reconocidas legalmente como los son las cooperativas, las mutuales y las asociaciones civiles que se van diferenciando progresivamente “bajo el efecto de compartimentaciones jurídicas y formas de integración en el sistema económico dominante” (Laville, ps 3).

Siguiendo a Laville la ESS en Europa está inscrita en la tradición asociacionista del paradigma político europeo moderno compuesto por las ideas de ciudadanía, democracia y republicanismo. El modelo de ciudadanía comporta un componente ético compuesto por la idea de caridad con el prójimo. Este componente ético del ideal de ciudadanía se complementaba en la tradición anglosajona con el principio liberal de limitación del gobiernos central lo que hacía que la responsabilidad en torno a lo social fueran atribuidas justamente a la sociedad organizada en diversas asociaciones intermedias y libres.

El caso francés, donde el modelo de democracia y ciudadanía, la aspiración de libertad esta contrapesado por la idea de igualdad, solidaridad social fraternidad no tienen como exterior constitutivo un Estado autoritario sino en la amenaza de la disgregación de un individualismo competitivo (Laville, p. 2 y 3). La denominación compuesta de esta caracterización propone un supuesto ontológico de acuerdo al cual el mundo económico no puede pensarse desarraigado de lo social y un supuesto ético – político en torno al cual la actividad económica debe estar subordinada a las necesidades de las personas más que en la “consecución de beneficios” o la “reproducción ampliada”, en términos marxistas.

Si bien la ESS fue una parte invisibilizada del orden de bienestar bajo un imaginario fuertemente estatalista, las transformaciones neoliberales de la última parte del siglo veinte y la erosión del estado como espacio de protección de derechos supuso una creciente importancia de las practicas económicas de la ESS. En ese contexto la ESS pasa de ser pensada como una estrategia en la cohesión social a un cuestionamiento a las formas hegemónicas de entender lo económico en el neoliberalismo. La ESS se empieza a pensar como una lógica alternativa –aunque no estrictamente antagónica a la mercantilización creciente del proyecto neoliberal y la imposición de la lógica del capital- basada en la reciprocidad y la solidaridad social..

La crisis del orden bienestarista europeo obedeció tanto a la ofensiva neoliberal como a la emergencia de los Nuevos Movimientos Sociales críticos de la tendencia burocrática y de normalización foucoulitiana (Santos, 1999) inscripta institucionalmente. Es en ese encuentro con NMS las demandas y las lógicas de la ESS son reconfiguradas más allá de las solidaridades específicas propias de la gestión de los riesgos sociales de mutuales, cooperativas y asociaciones.

Estos hechos re articularon la ESS con otros debates, prácticas, actores y usos. Las luchas “contra” o por “otra” globalización, supusieron la crítica no solamente contra el capitalismo en un nivel económico, sino contra un modelo de desarrollo considerado las dimensiones políticas, ecológicas, culturales, ambientales, alimentarias, regionales, etc.

Como se mencionó más arriba, la conformación de la economía social en su dimensión subjetiva estuvo íntimamente ligada al ideal de ciudadanía y su sustrato ético ligado a las ideas de solidaridad, responsabilidad en el marco de una sociedad activa y ciudadanos con capacidad de agencia. Para Laville (idem) los “métodos de compromiso público” por medio de compromisos ideológicos de largo plazo dirigidos a la transformación de la sociedad liderada por militantes entra en crisis a instancias de la profesionalización de los servicios sociales y la crisis de los grandes relatos. Todo esto supone el “final de la militancia” (Ion, 1997) y la emergencia de nuevas identidades políticas que pierden el horizonte político de transformación social o en términos de Ruben Dri, la dimensión del poder.

La articulación de la ESS en el discurso de la ciudadanía liberal (responsabilidad y solidaridad) tiene su correlato actual en las figuras del activista – militante social propia de los movimientos sociales y la del voluntariado propia de las Organizaciones No Gubernamentales, dos de las formas dominantes en las que la ESS se inscribe en el espacio público. En otra palabras la ESS sería la expresión económica autentica de la Sociedad Civil (Cohen y Arato,) bajo reglas distintas al mercado y al Estado y cuyo ideal se encuentra en su carácter dialogante (Giddens, 1994) y comunicativa (Habermas, 1989).

Bajo este imaginario la ESS como expresión económica genuina de la sociedad debe mantenerse bajo una lógica específicamente social, a resguardo de la lógica del poder, la

política y el Estado. Respecto de este último, las críticas señaladas no son muy distintas a las esgrimidas por los movimientos de izquierda pos leninista como las de Holloway, Foucault o Negri, donde hay una sospecha sobre las dinámicas estatal como espacios de dominación, disciplinamiento y clientelización de la energía autónoma de la sociedad.

En este sentido, la ESS aspira a constituirse como un tercer sector de la economía anclado en la sociedad civil bajo la lógica de reciprocidad que contrarreste la lógica de poder y el interés individual. Una economía que sea capaz de recuperar y visibilizar la pluralidad de principios existentes en la configuración del orden social es la única posibilidad de re- vincular lo económico al plano de lo social donde la “verdadera democracia” debe descansar.

Hay un importante corriente de opinión, que aboga por una pluralización de sectores, esto es que la ESS debe entenderse como sector diferenciado de las otras lógicas económicas y que demande para sí estrategias de regulación “sectorial” específicas. Este tipo de afirmación supone una frontera claramente demarcada del espacio de la ESS (comunidad), el intercambio (mercado) y la distribución (Estado), cuestión que es problemática. Como menciona Laville el “imaginario del sector” es restrictivo en cuanto termina ocultando las complejas relaciones entre el campo de la economía y el campo de la sociedad.

3.2. La especificidad latinoamericana. La economía popular o la construcción de otra economía.

Dentro de la familia de conceptos y enfoques propios de la ESS pero contextualizada en la realidad latinoamericana, encontramos el más amplio campo de la “Economía Popular”. Siguiendo a Coraggio (1996) por debajo de la propuesta conceptual de la Economía Popular se encuentran algunos supuestos sociales, políticos y culturales entre los cuales nos parecen necesarios recuperar (i) la matriz cultural fragmentaria de los sectores populares urbanos profundizado por la fuerte incidencia de las fuerzas de mercado a instancia de la incapacidad de regulación del Estado y la endeblez de las organizaciones de los sectores populares; (ii) la

mayor importancia relativa de los factores culturales respecto de la de las prácticas económicas capitalistas regidas por la racionalidad técnica.

En tanto el concepto de Economía Informal se encuentra anclado en el modelo hegemónico de desarrollo económico bajo la referencia del itinerario de los países centrales. En un marco de “economía dual” en el que conviven un sector moderno y uno tradicional, el desarrollo consiste en la progresiva remisión de las formas tradicionales (religiones – comunidades) ante la expansión de relaciones económicas (mercado – capitalismo) y políticas (Estado - burocracia) modernas.

Por otro lado, hay una lógica negativa en la idea de informalidad que impide pensar un sujeto político o económico capaz de construir un orden social, al menos bajo los parámetros occidentales, que en el caso de la economía social se expresa en la idea del “sector económico” o de “movimiento” de la ESS que mencionamos más arriba. Al menos en el contexto específico de Latinoamérica la construcción del concepto de “economía Popular” se vincula a la categoría de “pueblo” como sujeto político.

Por otro lado, uno de los componentes teóricos y sociopolíticos que pueden advertirse en la propuesta de la economía popular en América Latina se encuentra vinculado al discurso religioso, especialmente en algunas narrativas críticas y progresistas de la Iglesia Católica. La vinculación entre economía popular y religión se inscribe en la particular vinculación latinoamericana entre la esfera de la religión y la esfera de la política a través del cual se constituye, de acuerdo a Malimacci (2006) un imaginario político antiliberal, igualitario y antielitista en el cual abrevan importantes movimientos sociales latinoamericanos.

Bajo esta comprensión, el imaginario del “Economía Social” en singular expresando un sector de la economía o un criterio de solidaridad específico debe ser sustituido por “economías solidarias” en plural de forma no suturar hegemónicamente las prácticas económicas diversas que expresan la heterogeneidad radical de la sociedad. En algún sentido, se ensaya una crítica no explícita el discurso de la economía social como un tercer sector/lógica al lado del mercado y el Estado que termina reproduciendo de manera morigerada la tendencia a la homogenización de la modernización euro-céntrica.

En esta propuesta el abordaje de las economías alternativas se inscribe en la discusión más amplia del poder y la institución de lo social, por ende, en un plano que excede lo económico y se plasma en lo “político” (Laclau, 2009, Ranciere, 2010). En este sentido “otra economía” es solo posible en el marco de “otro poder” o la dispersión del poder (Zibechi, 2003) que cristalice instituciones democráticas que superen lo meramente representativo y garanticen la deliberación colectiva y la autonomía de los sujetos.

Como se advertirá, en esta perspectiva el papel del Estado como espacio de dominación es puesto en tensión a instancias de sujetos autónomos que reclaman otros criterios de autoridad colectiva anclados en una idea de reciprocidad y comunidad (Quijano, 2007) que, despejada reminiscencias jerárquicas y tradicionales, sean capaces de refundar el Estado a instancias de formas de experimentación institucional reflexiva (Santos). En algún sentido, la desconfianza/critica/ausencia de la racionalidad técnica es un punto de contacto entre la perspectiva de la economía popular (Coraggio, 1999), la perspectiva decolonial (Quijano, 2004) y la perspectiva ética cristina (Melo Lisboa, 1999) que asumen los discursos teóricos políticos en torno a la “otra economía” en América Latina y sobre las que es conveniente esbozar una explicación.

3.3. La lógica moral del emprendedor: empresarialidad social y capitalismo popular

Es posible reconstruir un tercer discurso vinculado a las practicas autogestionarias en torno a un conjunto de propuestas socioeconómicas que tienen en común, su origen anglosajón y la aceptación casi irrestricta del imaginario capitalista como imaginario hegemónico y el individualismo metodológico. Este discurso, como en los otros casos, se encuentra constituido por diferentes propuestas y conceptos y preocupaciones pero que tienen, como dijimos, un imaginario común que las religa y nos permite trabajarla como discurso.

Siguiendo a Monzon y Chavez una primera propuesta proveniente es la del enfoque del Sector No Lucrativo (Non Profit Sector) constituido por asociaciones y fundaciones y que en

muchos casos es usada como sinónimo o como parte del sector de la Economía Social. De acuerdo a estos autores el origen histórico de estas perspectivas debe rastrearse en la filantropía y la beneficencia propias de las “Charities británicas” y las “Philanthropic foundations” estadounidenses.

Esta tradición de pensamiento fue sistematizada con precisión y claridad a partir de las investigaciones a inicios de los 90 en la Universidad Johns Hopkins que caracterizaron al sector en torno a algunos criterios distintivos a saber: son organizaciones institucionalizadas generalmente formales; son de carácter privado; son autónomas de otros espacios en la toma de decisiones; no reparten beneficios y por ultimo; son voluntarias en su integración y permanencia (Salomon L. y Anheier H, 1999).

Respecto de la relación entre el sector lo lucrativo y el Estado los autores marcan especialmente la necesidad de configurar el sector de manera autónoma pero con una frontera porosa; esto es capaz de recibir apoyos económicos sin subordinarse a la tradición de clientelismo político inscripta en los Estados latinoamericanos. En este contexto, la conquista de la autonomía de las organizaciones sin fines de lucro en particular y de la sociedad civil en general encuentra en el sector empresario un aliado estratégico central sobre el cual resistir las embestidas estatales.

La perspectiva del “Non Profit” Sector tiene profundas vinculaciones con otros conceptos ampliamente difundidos en las ciencias sociales de raigambre neoinstitucionalista e impulsados por los organismos multilaterales en paralelo a la revolución asociativa de los 90, como lo son “Capital Social” y “Capital Humano”. En términos de uno de sus teóricos emblemáticos, el politólogo estadounidense Robert Putnam⁷ en uno de los libros de referencia de los noventa “*Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*”, el capital social⁸ nos remite a ciertos rasgos de algunos colectivos sociales como la confianza, la constitución de redes y ciertas normas sociales que facilitan las constitución de lazos de

⁷Otros autores que han usado profusamente este concepto son Francis Fukuyama, Bernardo Kliksberb, Norbert Lerchner

⁸Cabe señalar que el concepto fue ampliamente difundido en los trabajo del sociólogo francés Pierre Bourdieu aunque el sentido y la problematización dado por este difiere sensiblemente de la tradición neoinstitucionalista

solidaridad y que potencia otros capitales como el “capital financiero”, el “capital humano”, etc.

Esta perspectiva fue adoptada por los organismos multilaterales de crédito como un discurso articulado al de las reformas estructurales en el campo económico y de desmonte de la institucionalidad social. En este sentido tanto el Banco Mundial como el BID han insistido en la necesidad de invertir en la capacidad organizativa de los pobres, el fortalecimiento de lazos sociales y los niveles de asociatividad que permitan a los pobres hacer un uso eficiente de los recursos públicos y privados de asistencia social (Arriagada, 2003)⁹.

Siguiendo a Danani¹⁰ el emprendedurismo apela a las solidaridades comunitarias, barriales, familiares, cosa que no es novedosa en la protección social y las prácticas económicas en América latina tal como se desprende del enfoque de la economía popular¹¹. Lo que sí es novedoso es la específica articulación que apareja el neoliberalismo de la idea de comunidad con la lógica individualista inscripta en la propuesta del emprendedurismo y capital humano.

Esta articulación de significantes aparentemente contradictorios es la propuesta de “empoderamiento” que emerge de los documentos del Banco Mundial y que supone una estrategia de gobernabilidad que apareja, tres operaciones discursivas centrales: (i) vinculación del problema de la pobreza a la escasa participación institucional de los pobres; (ii) transferencia de responsabilidades desde el Estado hacia organizaciones sociales intermedias, los propios beneficiarios con la activa participación de organismos multilaterales; (iii) contención de los conflictos sociales por medio de un encapsulamiento territorial comunitario. (Aguilar et al.,)¹²

⁹Arriagada, Irma Capital social: potencialidades y limitaciones analíticas de un concepto Estudios Sociológicos, vol. XXI, núm. 3, septiembre-diciembre, 2003, pp. 557-584 El Colegio de México, A.C. Distrito Federal, México

¹⁰Las políticas sociales de los 90: los resultados de la combinación de individuación y comunitarización de la protección.

¹¹Mi próximo y prójimo, la proximidad, ausencia de derechos – criterio moral, a usencia del estado que fueron reemplazados por los Estados de Bienestar y que vuelven con la embestida neoliberal las reformas estructurales.

¹²“Empoderamiento, lazo comunitario y construcción de subjetividades. Aproximación a la estrategia de lucha contra la pobreza en documentos del Banco Mundial” en “Banco Mundial Estado, mercado y sujetos en las

La lógica del emprendedurismo en la lucha contra la pobreza supone una profunda inflexión en las políticas sociales y de trabajo propias del bienestarismo en cuanto se pasa de la pasividad del beneficiario al criterio de activación bajo la forma de una empresariedad social (OCDE, 1993) ampliada al mundo del trabajo diluyendo, de este modo, las fronteras entre capital y trabajo sobre la que se construyó el orden político en el capitalismo embridado.

En el marco de estas de transformaciones y rearticulaciones de conceptos provenientes de diversos horizontes políticos que se saldan en la disolución del conflicto entre capital – trabajo resulta interesante recuperar la idea “*capitalismo popular*” propuesta por Margaret Thatcher y los neoliberales latinoamericanos. Por caso resulta significativo los trabajos del economista neoliberal peruano Hernando de Soto en particular en su trabajo “*El otro sendero. La revolución invisible en el tercer mundo*” (1986) que al igual que Aníbal Quijano se ocupa de las prácticas económicas de los sectores populares y de las causas de la pobreza y la injusticia social en Perú.

En términos de Mario Vargas Llosa esta perspectiva supone que el problema no es la informalidad sino el Estado que asfixia la creatividad económica popular imposibilitada de acceder al privilegio de la legalidad. El Estado, al menos en América Latina, nunca fue expresión de los intereses de la mayoría sino que estuvo cautivo de las elites que conformaron coaliciones redistributivas¹³. Los procesos militares que implementaron políticas de libre mercado nunca fueron, ni pueden ser por definición, liberales en cuanto ocuyen las libertades políticas inseparables de las libertades económicas.

Como menciona Puello Socarras (2010) en el seno proyecto neoliberal hegemónico se ha operado una transformación que reemplaza la idea de “*homo economicus*” al “*homo redemptoris*” en donde el “emprendimiento y los emprendedores” se transforma de una alternativa entre otras -como el trabajo salariado- en la economía capitalista embridada (Harvey,) la única opción posible en el capitalismo neoliberal financiero para la inclusión de

nuevas estrategias frente a la cuestión social”. Ediciones del CCC Centro Cultural de Cooperación Floreal Gorini. Buenos Aires, 2006.

¹³Anillos burocráticos en términos de Cardozo

los sectores populares.

Bajo esta perspectiva el discurso del emprendimiento y la empresariedad extendida, que puede presentarse bajo otros significantes como el de la autogestión al que analizaremos a continuación- puede entenderse siguiendo a Wendy Brown (2005) como el modo específico de la gubernamentalidad neoliberal. Bajo esta modalidad se construye un sujeto libre que delibera y elige en forma racional sus cursos de acción y asume la responsabilidad por ellos. Los sujetos sociales compulsivamente autobiográficos en términos de Ulrich Beck (1999) y también compulsivamente emprendedores responsables por su bienestar donde el Estado conduce este proceso sin asumir la responsabilidad en los resultados.

3.4. La autogestión en la tradición anticapitalista

La autogestión ha sido un concepto recuperado a instancias de muchas de las luchas de resistencia al neoliberalismo de los años 90 y que a la postre formaron la base política de la emergencia de los gobiernos populares en Latinoamérica. La apelación a la autogestión por parte de los movimientos sociales – en el caso argentino, particularmente los movimientos de empresas recuperadas y ciertos sectores del movimiento piquetero -fue la contracara popular de la apelación del emprendedurismo del poder económico y político global propiciado por los organismos de crédito.

Ahora bien, como menciona Hudson (2011) la apropiación de la idea autogestión por estos movimiento no siempre ha estado acompañada de su explicitación teórica de un concepto repleto de resonancias para la tradición anticapitalista marxista y no marxista aunque ciertamente este imaginario emancipatorio ha operado implícita y contradictoriamente en el devenir de estos movimientos.

Indudablemente que una de las tradiciones más importantes es la inaugurada por el movimiento anarquista. Esta, que tiene en Proudhon y Bakunin sus exponentes más reconocidos fue combatida fuertemente por utópica y desconocer los fundamentos dialecticos y materialistas expuestos por el socialismo científico de Marx y Lenin. El proyecto anarquista suponía un combate tanto contra la explotación económica capitalista como contra la

presencia de todo gobierno o viso de estatalidad.

En este sentido la idea de autogestión es económica pero fundamentalmente política. El proyecto político de Proudhon, de claros rasgos liberales, proponía un contrato social a partir del cual se conformara una de asociaciones de productores libres y una organización federalista de las decisiones políticas. En Bakunin, el rechazo a cualquier tipo de estatalidad es más profunda y se extiende a todo tipo de contrato social fundante en tanto solo constituye una es cuanto constituye una operación ideológica que encubre la violencia constitutiva que existe en cualquier estatalidad (Hudson, idem).

También desde una perspectiva “marxista heterodoxa” como la de Antonio Gramsci es posible recuperar una reflexión teórica y política sobre la autogestión como practica de lucha anticapitalista y vía de emancipación. La reflexión gramsciana en torno a los CF y la autogestión supusieron una problematización política y teórica con el marxismo economicista de la III Internacional en tanto que si bien Gramsci entiende que el proletariado es el sujeto de la revolución y que las contradicciones entre las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas no son relaciones objetivas como tampoco condición suficiente de la revolución (Ciolli, 2007)¹⁴

En este sentido para Gramsci, la conciencia y lucha de clases trabajadores son condiciones insuperables de cualquier proceso de transformación social, aspecto que se subestima por otra categoría estructural de raigambre positivista que indudablemente habitan en el pensamiento marxista y que inhabilitaron una reflexión marxista en torno a la política. Es en este plano, el de la construcción de una teoría de la política en el que la cuestión de la autogestión toma relevancia como espacio específico de toma de conciencia revolucionaria.

Los Consejos de Fábrica suponían una suerte de experimentación institucional obrera que junto a los sindicatos – espacio donde se expresan las luchas sectoriales- y los partidos – espacio donde se articulan las luchas obreras con las luchas populares- sentarían condiciones efectivas para la toma de poder y la construcción de un nuevo Estado democrático y

¹⁴ Ciolli Vanesa (2007) “La autogestión ayer y hoy. Una mirada desde el pensamiento de Antonio Gramsci” en Trinchero Hugo, Bowman Betsy y otros “La Economía de los trabajadores: autogestión y distribución de la riqueza. Ediciones de la cooperativa Chilavert. Buenos Aires.

socialista. Llegados a esta parte es claro que la reflexión sobre la autogestión en Gramsci cobra relevancia en tanto sus actores (obreros calificados) y sus instituciones (los consejos y sindicatos) conquistan el eslabón más avanzado y productivo del capitalismo italiano como lo son la industrias Fiat. Esto marca una diferencia notoria en las experiencias de recuperación de empresas en la Argentina que se produjo en sectores de baja productividad, marginales de la valorización del capital y que fueron abandonados por los empresarios.

Hecha esta aclaración, para Gramsci con la autogestión económica es posible la reunificación de lo que el fetichismo capitalista escinde: lo individual con lo colectivo, el trabajo con los medios de producción, el trabajo manual con el intelectual, la planificación y la ejecución y en definitiva, la economía con la política (Ciolli, Idem). La autogestión es la base de una “democracia obrera” (Democracia obrera L.O.N. 21/06/1919) donde el autogobierno -que utópicamente propone el liberalismo político bajo una economía capitalista- es posible si se articula con una institucionalidad económica de tipo autogestiva (Rosanvallon, 1987).

Tenemos entonces que en Gramsci democracia obrera es autogobierno y autogestión. Donde el mundo material del trabajo y la producción y la participación y discusión política no sean producto ni de la alienación capitalista ni de la burocracia estatal. Más allá de la derrota del movimiento de Consejos, nos interesa recuperar el avance conceptual de recuperación de la dimensión subjetiva en el que la conciencia autonomía en los procesos de lucha de clases se vuelve tan importante como las contradicciones estructurales entre relaciones y modos de producción capitalista.

En torno a la cuestión de la autonomía como concepto teórico y político de los movimientos emancipatorios, resultan de interés los aportes del grupo francés *Socialismo o Barbarie (SoB)* que entre 1948 y mediados de la década de los sesenta realizo reuniendo pensadores de la talla de Claude Lefort, Cornelius Castoriadis, Guy Debord, Jean – Francois Lyotard, entre otros. Las reflexiones de SoB y el Movimiento Autogestionario se enmarcan en las luchas y protestas como el Mayo Frances de 1968 que produjeron una clara inflexión en el pensamiento socialista

El status de la categoría “autonomía” no ha gozado de plena aceptación en la tradición marxista sobre todo a instancias de las disputas teóricas políticas con el anarquismo que le otorgaba a este concepto una centralidad inadmisibles para Marx y Lenin. No obstante, como menciona Modonesi (2010, p.99) *SoB* intenta dar cuenta de los dos sentidos que en la tradición socialista había ocupado la cuestión de la autónoma. Esto es “...*como emergencia del sujeto socio-político y la de autonomía como característica del proceso y del horizonte emancipatorio propiamente dicho, es decir la construcción del socialismo*”. Mientras que el último sentido se corresponde a un escenario de llegada de la praxis transformadora, el primer sentido se refiere a la misma praxis, liberada

Como menciona Modonesi, en el esquema categorial marxista la idea de autonomía, emerge como disrupción con el orden establecido y expresión del poder de clase y luego, en un segundo momento, como orden de una sociedad emancipada. Desde otro punto de vista la autonomía cobra sentido contraponiéndolo a la heteronomía que se expresa en cualquier orden de dominación.

Mabel Thwaites Rey (2004)¹⁵ propone que la autonomía puede plantearse en relación a cinco niveles de dominación: (i) la del capital sobre el trabajo, (ii) de las organizaciones burguesas (como los partidos y sindicatos) sobre experiencias de organización popular no sistémicas, (iii) la del Estado burgués sobre las organizaciones populares, (iv) la de la ideología y el sentido común de las clases dominantes sobre las prácticas y las construcciones de sentido populares y por último, (v) en términos de Castoriadis (2005)¹⁶, la dominación de lo instituido por sobre lo instituyente que ocluye la institución reflexiva y lucida de la sociedad.

De otra forma la autonomía puede comprenderse a partir de la tensión inerradicable entre *lo político* como poder explícito y heterónimo y *la política* como la praxis instituyente colectiva que solo es posible a instancias del imaginario democrático y radical. En ese sentido la autogestión puede o no, ser una praxis autónoma en función de que responda o no, a un

¹⁵ Thwaites Rey Mabel (2004): La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción. Editorial Prometeo. Buenos Aires.

¹⁶ Castoriadis Cornelius (2005): la institución Imaginaria de la Sociedad.

imaginario democrático / radical.

Modonesi observa que en esta clasificación de sentidos no aparece la idea de emancipación como *proceso* de subjetivación, como experimentación y lucha contra el capital y la dominación existentes en todas las relaciones sociales y no solo en las de trabajo (Holloway, 2006 en Modonesi p113). Esto puede ser cierto en algunas de las acepciones, pero no en la perspectiva de Castoriadis y la de colectivo Socialismo y Barbarie¹⁷ del cual fue parte en donde la reflexión sobre la autonomía se aborda en tanto modalidad de *subjetivación autónoma*.-

En definitiva siguiendo a Modonsessi, la perspectiva de SoB sobre la autonomía puede resumirse en tres consideraciones: la autonomía como praxis (prácticas y subjetivación), la autonomía como medio y fin de la praxis; y como horizonte futuro y modo de enfrentar las luchas del presente. Tal perspectiva marcará una inflexión en el debate marxista – vis a vis las perspectivas deterministas centradas en las contradicciones de las relaciones de producción- a partir de la crítica y un alejamiento del movimiento obrero y sus organizaciones partidarias (PCF) y sindicales (CGT) y una crítica frontal a la experiencia soviética, la burocracia y la dominación estatal.

Los debates en torno a la autonomía y las movilizaciones del 68 sentarán las condiciones para la emergencia del Movimiento autogestionario francés de la mano de diversas organizaciones y luchas anticapitalistas y anti-estatistas tanto en el mundo del trabajo como en las instituciones educativas y culturales. El imaginario autogestivo se extenderá a un espacio de organizaciones no vinculadas directamente a la política como por ejemplo a ciertas expresiones campesinas de donde posteriormente emergiera el movimiento altermundistas (Modonesi).¹⁸

No obstante como menciona Modonesi (idem) detrás de la consigna de la autogestión se inscribían diversas posturas políticas y conceptuales más o menos radicalizadas, con diferentes concepciones en torno a la democracia directa, como practica revolucionaria o

¹⁷ Que tuvo una revista del mismo nombre con cuarenta números publicados entre 1949 y 1965.

¹⁸ Cabe destacar, en el mismo periodo, las experiencias de autogestión y cogestión de grandes industrias en el Perú de Juan Francisco Velazco Alvarado entre 1968 y 1980

práctica reformista, o sus espacios posibles de realización -el mundo de la producción o a toda las relaciones sociales-, como medio o como fin o, más en general como rechazo al capital o como rechazo a la autoridad, como solo una práctica económica o también como práctica política o como una bisagra entre ambos espacios.

Las ideas en torno a la autogestión ligadas a la tradición autonomista tuvieron una gran recepción por parte de algunos movimientos sociales en América latina en general y en Argentina en particular a partir de la sublevación popular del 2001 y las experiencias de asambleas barriales y recuperación de fábricas y los movimientos piqueteros. Conceptualmente estas prácticas fueron articuladas a discursos teóricos de autores como Toni Negri y Michael Hardt (2002)¹⁹, John Holloway (2002)²⁰ y Raul Zibechi(2003)²¹.

Más allá de sus diferencias, estos autores comparten un núcleo fuerte de acuerdos político – teóricos como lo son la apuesta a los movimientos sociales como espacios de emancipación, rechazo a la idea de Estado y a cualquier forma de organización partidaria o sindical. Bajo esta *familia teórica*, la construcción de autonomía y prácticas autogestoras obreristas a las que nos referimos anteriormente fueron desacertadas por que supusieron prácticas y estrategias formulas positivas de construcción de poder.

En su lugar, se postula la autonomía y la autogestión como proceso negativo de alejamiento – en lugar de lucha -del capital y disolución de los poderes del Estado (Holloway, Zibechi). Esta negatividad emancipatoria estaría encarnada, no solo ni principalmente, en el mundo del trabajo sino en la multiplicidad de luchas que atraviesan las sociedades actuales. En este sentido la autogestión puede entenderse como expresión de una infra política pos-hegemónica que es la forma que adopta la re-vinculación social *desde abajo* en un contexto de fuga del poder, las instituciones, el estado y el capital (Zibechi, 2003: 2006²²)

Paralelamente esta construcción en torno a la autonomía y la autogestión como práctica emancipatoria, propone que en el actual contexto de neoliberalismo global, puede entenderse

¹⁹ Imperio

²⁰ Cambiar el mundo sin tomar el poder

²¹ Genealogía de la revuelta dispersar el poder

²² Zibechi la emancipación como producción de vínculos

a diferencia de la tradición obrerista, como narrativas pos-hegemónicas (Arditi) y anti-identitaria (Holloway). Este tipo de caracterización supone que la verdadera lucha emancipatoria no transcurre ya, en torno a las estructuras de poder institucionales, económicas y políticas sino que el punto cero de una lucha emancipatoria es en la construcción de subjetividad configurada en las experiencias y sociabilidades cotidianas.

4. Palabras Finales

Para concluir quisiéramos volver sobre los planteos iniciales sobre la emergencia de un nuevo sujeto económico y político en el mundo del trabajo bajo la hegemonía global del capitalismo financiero y la crisis del movimiento obrero tal cual lo conocimos. En este sentido, se advierte que desde las organizaciones que encarnan el movimiento de economía social/ autogestiva / popular/ el debate está planteado. Tanto la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) y las Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo (CNCT), por citar solo las más relevantes, el debate está planteado.

No obstante en los análisis e investigaciones sobre esta realidad estos interrogantes son casi nulos. En este sentido el presente trabajo pretende destacar la pertinencia de un abordaje desde lo “político” de un objeto de estudio que ha sido hegemónico por perspectivas económicas que no captan las implicancias, condicionantes “extra-económicas” presentes. O más bien, postulamos que las prácticas de autogestión económica, como toda práctica económica incluso el capitalismo hegemónico, se inscriben en un imaginario político articulado – no necesariamente lógico ni funcional–, donde por político se entiende las luchas y la resistencia de constitución de lo social.

Bajo esta comprensión es que pretendemos realizar un análisis de las nuevas prácticas económicas desde una perspectiva del poder en la que diversos discursos buscan hegemónizar las mismas en un proceso esencialmente contingente. Esto supone que nos alejamos de una mirada esencialista que fije a priori los sentidos de estas nuevas prácticas económicas y del trabajo. En este sentido consideramos que tanto los procesos estructurales de neo liberalización global como las identidades importan y ninguna tiene primacía ontológica

sobre la otra. En este sentido las prácticas de autogestión pueden simultáneamente ser prácticas de gubernamentalidad neoliberal de tipo Workfare, como experiencias de subjetivación contra hegemónica y radicalización de la democracias existiendo entre ambos extremos un infinidad de alternativas.

Más aun lo que emerge cuando se observan organizaciones, políticas públicas e instituciones, unidades productivas y trabajadores individuales es una articulación abigarrada (Zavaleta Mercado, 2013), contaminada, donde conviven diversos imaginarios. En este sentido proponemos como conjetura la que la autogestión se presenta como un significativo vacío en términos de Laclau (2010) y por lo tanto como un campo de lucha hegemónica. Indudablemente son muchos los aspectos y dimensiones sobre los cuales es posible considerar los imaginarios en pugna. En este trabajo consideramos dos dimensiones: la autonomía política y la autonomía económica del cual, como se observa en el gráfico más abajo, pueden establecerse campos discursivos

